



FotoFest Cartagena.

Regímenes de visibilidad y prácticas fotográficas en reconfiguración

FotoFest Cartagena

Enero – abril de 2026



Vista de la exposición *Conversaciones en silencio*, de Julio López Saguár, en la sala Domus del Pórtico.



Detalle de la exposición *Caleidoscopio*, con obras de Juan Ballester, instalada en el espacio público.



La primera edición de FotoFest Cartagena se plantea como un marco de investigación en torno a las transformaciones recientes del ejercicio fotográfico —con especial atención a su vertiente documental— en un escenario definido por la mutación de los modos de aparición, circulación y lectura de las imágenes. Más que un acontecimiento sociocultural en sentido convencional, el festival se configura como un ámbito de elaboración teórica en el que el medio asume una función activa en la producción de conocimiento sobre sus propias condiciones de posibilidad.

Frente a las formulaciones clásicas del documental entendido como instancia de registro transparente, FotoFest propone una aproximación en la que la fotografía se encuentra atravesada por mediaciones históricas, culturales y perceptivas que desbordan cualquier pretensión de neutralidad. Desde esta perspectiva, la práctica deja de situarse exclusivamente en el terreno probatorio para desplegarse como un dispositivo de interrogación capaz de cuestionar los sistemas que organizan la experiencia de lo visible.

Bajo la dirección del fotógrafo Juan Manuel Díaz Burgos, la iniciativa se orienta hacia una comprensión expandida del ámbito documental, en la que las fronteras entre registro, construcción y reflexión se tornan inestables. Ello comporta una reconsideración del estatuto epistemológico de la fotografía, que deja de operar como reflejo del mundo para afirmarse como agente generador de inteligibilidad.

El plano organizativo consolida esta orientación. La participación de agentes como el igualmente fotógrafo José Carlos Níguez pone de manifiesto la existencia de una trama relacional compleja que excede la noción de autoría individual, dando lugar a una estructura en la que confluyen prácticas curatoriales, marcos institucionales y dinámicas de producción cultural. A ello se suma la intervención de José Luis Montero —figura imprescindible del diseño—, cuya contribución a la definición formal y a la articulación de los dispositivos de enunciación incorpora un componente proyectual decisivo en la modulación de las condiciones de aparición. Este entramado resulta determinante en los procesos mediante los cuales las creaciones visuales alcanzan reconocimiento, legitimación simbólica y cauces de circulación en la esfera pública.

La distribución de las propuestas a lo largo del tejido urbano —articulada en torno a un conjunto de exhibiciones que, en su núcleo principal, se organiza mediante nueve proyectos individuales junto a una actuación de carácter expandido— permite comprender al FotoFest como una forma ampliada de despliegue de la imagen. Las obras establecen vínculos que exceden los límites expositivos tradicionales y generan una secuencia fragmentaria de aproximación que activa nuevas modalidades de lectura. Esta estrategia pone de relieve, además, la voluntad de inscribir la dimensión estética en la ciudad como ámbito de experimentación.

En ese aspecto, el proyecto *Caleidoscopio* adquiere una función estructurante. Concebido como intervención en el espacio público, reúne un dilatado repertorio de trabajos —con la participación de sesenta y seis autores de la Región de Murcia— y configura una superficie abierta en la que la multiplicidad de perspectivas opera como principio organizador. La lógica caleidoscópica no se limita a la diversidad formal, sino que remite a una comprensión de la fotografía como entidad en permanente recomposición, donde cada unidad contribuye a la articulación de una trama perceptiva dinámica que convierte la urbe en soporte activo de la experiencia estética.



En términos de escala y despliegue material, la iniciativa logra una dimensión particularmente reveladora: se han instalado ciento seis lonas que reúnen un total de doscientas cuarenta y dos imágenes distribuidas a lo largo de catorce calles. Este grado de extensión no solo refuerza su carácter de intervención urbana, sino que intensifica su condición de dispositivo de visibilidad expandida, en el que la fotografía se inserta claramente en los circuitos cotidianos de circulación y percepción.

La propuesta introduce, no obstante, una tensión fundamentalmente significativa entre expansión y condensación. La apertura de las piezas al espacio público amplía sus posibilidades de acceso y difusión, pero al mismo tiempo las inscribe en una atmósfera de elevada densidad perceptiva que exige estrategias capaces de sostener su potencia interpretativa. El contexto urbano emerge así como un lugar de fricción en el que la práctica ensaya tipologías de presencia capaces de dialogar con otros regímenes de representación sin diluir su especificidad.

De este modo, el conjunto desplegado por el festival no responde a una lógica de totalidad ni a un principio de exhaustividad, sino que adopta la forma de una constelación abierta en transformación continua. Lejos de constituir una agregación arbitraria, el programa permite reconocer líneas temáticas —identidad, memoria, territorio, espiritualidad, conflicto o comunidad— que hacen viable su lectura como un sistema de coyunturas parciales en proceso de consolidación. La memoria que de ahí emerge es necesariamente fragmentaria, aunque no dispersa, en tanto depende de los marcos desde los que se produce la mirada.

La elección de artistas desempeña un papel concluyente en la definición del discurso del FotoFest. La presencia, entre otros, de Julio López Sagar introduce una línea de continuidad histórica que vincula prácticas actuales con determinadas tradiciones documentales, si bien su aproximación se centra en las configuraciones arquitectónicas y en la organización del espacio construido. Su trabajo, basado en la observación de huellas, objetos y relaciones espaciales, desplaza el foco desde lo humano hacia lo territorial y lo formal, planteando una lectura de la realidad mediada por la materialidad del entorno. Su participación no solo amplía el espectro generacional del evento, sino que incorpora una inflexión indicadora en el plano discursivo al situar la fotografía como herramienta de análisis de las lógicas configurativas que estructuran la experiencia contemporánea.

La complejidad del programa y la heterogeneidad de enfoques conforman, a su vez, un planteamiento deliberadamente abierto y aún en proceso. Lejos de constituir una debilidad, esta condición señala el carácter dinámico del festival y la posibilidad de un desarrollo ulterior de su cohesión discursiva. Su evolución dependerá, en buena medida, de la capacidad de reforzar los mecanismos de articulación interna sin renunciar a la pluralidad que constituye uno de sus valores centrales.

Otro eje esencial reside en la problematización del lugar desde el que se construyen las representaciones. Las obras reunidas evidencian que toda articulación implica una perspectiva determinada, poniendo en cuestión la posibilidad de una imparcialidad perceptiva y haciendo visibles las mediaciones culturales que atraviesan la experiencia de lo real. La práctica se configura, en consecuencia, como un perímetro de reflexión sobre sus propios límites. A la luz de lo anterior, el evento se distancia tanto de los modelos documentales habituales como de las lógicas de exotización, proponiendo una aproximación conceptual en la que el quehacer de la



fotografía se examina a sí mismo en el acto de representar. Esta dimensión autorreferencial la sitúa en el terreno de la producción de conocimiento y refuerza su capacidad de intervención en los debates contemporáneos sobre la visualidad.

La inclusión de Josep Maria Ribas Prous introduce, además, una profundidad genealógica que inscribe el evento en una tradición más dilatada, reforzando su legitimidad simbólica y subrayando la historicidad de los modos de ver y de las convenciones de representación.

Resulta igualmente pertinente situar el festival en relación con las condiciones presentes de producción y circulación de narrativas visuales, marcadas por una intensificación sin precedentes de los flujos perceptivos. La divulgación de los dispositivos digitales y la generalización de las prácticas de captura han transfigurado de manera radical el estatuto de la imagen, desplazándola hacia un escenario de hiperproducción e hipervisibilidad. En ese contexto, FotoFest Cartagena no puede entenderse solamente como un espacio de exhibición, sino como un intento de reinscribir este ámbito en una experiencia capaz de restituir su potencia de sentido frente a la saturación contemporánea. Las muestras, en su condición material y espacial, aportan una temporalidad diferenciada respecto a la circulación digital y favorecen una relación basada en la atención, la duración y la lectura reflexiva.

Esta reterritorialización no debe comprenderse únicamente en términos de limitación, sino de igual forma como una oportunidad para explorar nuevas formas de relación entre obra y espectador. La coexistencia de distintos regímenes de percepción sitúa al evento en una posición especialmente fértil desde la que ensayar tipologías alternativas de experiencia estética. El festival puede leerse, en este sentido, como un área de negociación entre distintos procesos de ver, en el que la fotografía no se fija en un solo estadio, sino que transita entre diversas modalidades de presencia. Es precisamente en esa fricción donde la propuesta adquiere su mayor relevancia, al abrir una zona de experimentación desde la que repensar el lugar de la imagen en el presente.

En última instancia, FotoFest puede entenderse como un punto de indeterminación productiva en el que se prueban renovadas formas de relación entre fotografía, experiencia y conocimiento. Su interés reside en la apertura de un campo de tensión en el que convergen múltiples concepciones de lo fotográfico, no como oposición, sino como territorio de coexistencia ideológica. En este aspecto, la práctica se afirma como una actividad que no se limita a representar, sino que interviene activamente en la elaboración de sentido. Desde esa posición, FotoFest se consolida como una iniciativa de especial relevancia, no solo por la complejidad de su planteamiento, sino además por su capacidad para impulsar un espacio de reflexión en torno a la imagen. Desde su propia categoría emergente, el festival proyecta una línea de desarrollo en la que su potencial podrá seguir ampliándose y consolidándose en futuras ediciones.